

EL CAMARADA

REVISTA DE
NIÑOS

J. Molinas
EDITOR
BARCELONA

J. Comelaran &



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO



Año III



2 de noviembre de 1889



Núm. 105



Rec. 1105



BIENOTECNA
MUNICIPAL
MADRID

UNA PARTIDA DE CAMPO

UN RATO DE CHARLA



hétenos ya comenzando el año tercero, como quien no dice nada. ¡Oh, con cuánta razón se lamentaba el lírico de la rapidez con que transcurre el tiempo!

*Eheu fugaces, Postume Postume,
Labuntur anni...*

Pero dejémonos de lamentaciones, y antes bien felicitémonos de seguir viviendo, con vida más lozana cada día, y cada día mejores camaradas.

Ya habréis visto, por la advertencia, que por ahora seguiremos lo mismo, tan modestitos; pero que pensamos en plazo no lejano introducir una verdadera revolución en este periódico, mejorándolo en grandísima manera, sobre todo en sus condiciones materiales, que, en cuanto á lo otro, creo que si hubiera quien se quejase se le podría decir (no por mí, desde luego, sino por mis compañeros de redacción):—¡Pues hágalo V. mejor!

Todos los que escriben en EL CAMARADA, en efecto, lo hacen no por ningún lucro, sino impulsados por la noble idea de *contribuir* á la formación de un espíritu cultivado, reflexivo, intransigentemente moral, recto, que caracterice á la joven generación que ha de reemplazar á la actual. Y para *contribuir* (nada más que *contribuir*) á ello, entiéndese que son inútiles las rancias formas de *escribir para niños*, yéndoles con insulseces, chabacanadas y sermones soporíferos, según se les figura aún á algunos que debe hacerse.

Lo cual es como si para enseñarle á hablar á un infante se le enseñase á balbucear, valiéndose de sonidos inarticulados.

Sépase, pues, que aquí no cultivaremos esa literatura melindrosa, gazmoña, dulzona, sino que hablaremos siempre en lenguaje claro, alto, y con el propósito de decir algo más que niñerías.

Hay, por ejemplo, dos maneras de educar, ó, por mejor decir, de criar: la una consiste en el régimen al aire libre, á la inglesa; la otra en tener á los pequeñitos encerraditos en casa, dentro de un escaparate á ser posible. Pues bien: nosotros pertenecemos al primer grupo.

El niño ha de formarse ideas reales, no fantásticas: nunca es bueno el artificio, la mentira, ni aun en la niñez; decimos mal: menos que nunca en la niñez.

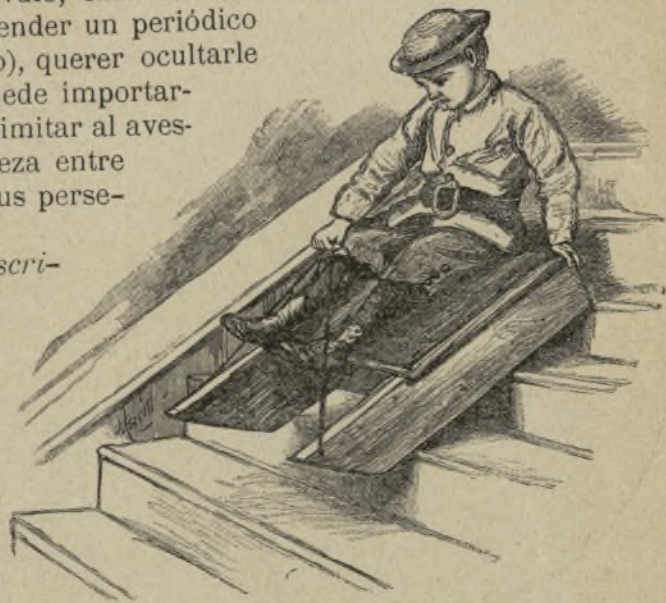
¿Hemos de engañarles á los niños haciéndoles creer que por las calles se topa á veces con hadas que regalan monedas de á cinco duros, ó que hay unos señores que se encargan de repartir pan gratis por las casas?

¿Hemos de decirles que los hombres son todos unos ángeles, que este mundo es un paraíso, que no hay necesidad de atrancar la puerta por la noche?

Pues eso es lo que no diremos nunca, relegándolo á la sección de cuentos. No hay tiempo que perder en esta vida, y es preciso desde la niñez preparar al niño para que sea hombre.

Querer disimularle al niño los escollos de la vida (se entiende, no al niño de teta, no al párvulo, sino al niño que puede leer y comprender un periódico como éste, ó como otro), querer ocultarle la realidad de lo que puede importarle ó le toca de cerca, es imitar al avestruz, que oculta su cabeza entre las alas para no ver á sus perseguidores.

Seguiremos, pues, escribiendo para niños de la manera que lo hemos hecho hasta ahora (y hasta ahora lo hemos hecho guiándonos por el principio del *debetur pueris maxima reverentia*); enaltecaremos la gloria del trabajo; machacaremos sobre las exce-



El trineo de Mauricio

lencias del trabajo; fustigaremos la farsa, el vicio, la mentira; aconsejaremos la formalidad, la modestia, la aplicación; intentaremos reaccionar sobre la nociva influencia del *meridionalismo* exagerado; citaremos ejemplos que imitar; insistiremos en la necesidad de combinar el desarrollo intelectual con el desarrollo físico; ensalzaremos las conquistas del progreso material, pero más aún las del progreso moral; combatiremos las rutinas perjudiciales; expondremos ideas; pondremos en circulación las doctrinas que nos parezcan sensatas y convenientes, y tendremos por único norte lo que dicho queda: contribuir á la formación de caracteres rectos, enemigos de la mentira, aborrecedores del vicio, idólatras del trabajo y la honradez.

Así ha sido hasta ahora EL CAMARADA y así seguirá siendo.

Siempre vuestro,

ANTOÑITO

LOS CEMENTERIOS

Es el tema más indicado para ser tratado el día de hoy, único del año en que seriamente nos acordamos de los que duermen el sueño de la eternidad.

¡Sueño de la eternidad! De estas palabras deriva la voz *cementerio*: esto debéis ya saberlo los que cursáis griego ó latín; y como los antiguos consideraron la muerte como un sueño, dieron el nombre de *dormitorio* á los lugares destinados á los enterramientos.



Tomás

Antiguamente las tumbas y sepulcros no estaban reunidas en sitio determinado: hallábanse diseminadas por bosques, frondas, caminos, etc., etc.; como lo atestiguan las inscripciones que se grababan en las piedras sepulcrales: *Sta, viator* («Párate, viajero»). *Abi, viator* («Viajero, aléjate»).

En las frecuentes investigaciones arqueológicas que se practican, encuéntrase todavía, en las cercanías de Roma, sepulcros que dieron su nombre á determinadas vías.

Uno de los cementerios más notables que se ha conocido, y de fama más duradera, fué el de Menfis, cerca de las ruinas de esta ciudad, en una llanura circular de cuatro leguas de diámetro y que se

llama aún, actualmente, *llanura ó campo de los muertos*.

El gran cuidado que ponían los egipcios en las sepulturas de los muertos, demuestra que tenían más interés en conservar los cadáveres que la memoria de los hombres, siendo su principal objeto evitar la destrucción de aquéllos. Fundábase esta práctica en la supersticiosa idea de que el alma sería inmortal en tanto el cuerpo permaneciese incorrupto. De ahí el origen y propagación de los embalsamamientos, en cuyo arte no tuvieron rival los hijos de Faraón.

El cementerio de Jerusalén se cree que se hallaba en el valle de Cedrón, bien que no se ha negado ni confirmado tal supuesto. Los griegos y romanos no eran tan celosos de la conservación de los cadáveres como los egipcios, contentándose con sepultarlos ó quemarlos para guardar sus cenizas.

Las persecuciones sufridas por los primeros propagadores del cristianismo aumentaron considerablemente el número de los mártires; y los fieles, con el piadoso fin de no dejar expuestos sus cadáveres á disposición de los paganos, procuraban ocultarlos momentáneamente, trasladándolos de noche á las *Catacumbas*, galerías subterráneas donde eran enterrados sus cuerpos,

y en las cuales solían reunirse los cristianos para celebrar sus asambleas.

Luego que Constantino hubo abrazado la religión cristiana, dió la paz á la Iglesia: los cementerios fueron adornados con el mayor esmero y convertidos muchos de ellos en templos particulares. De entonces acá se remonta la



Tomás

construcción de las necrópolis, siendo algunas de ellas, como las de Pisa y Génova, verdaderos museos que guardan notabilísimas obras de arte.

Cuanto á la costumbre de grabar epitafios sobre las piedras sepulcrales, es antiquísima, atribuyéndose á los griegos. El nombre *epitafio* (*epitaphium* en latín) es compuesto de dos voces griegas: *epi* (sobre) y *taphos* (tumba); es decir, inscripción puesta sobre una tumba, inscripción sepulcral.

Los atenienses, después de poner sencillamente el nombre del difunto, añadían el de su padre y el de la tribu á que pertenecían. En Lacedemonia no se ponían epitafios más que á los que habían muerto por la patria. Estos epitafios contenían un corto elogio del difunto, tal como el que grabaron sobre

una columna en honor de los trescientos espartanos que, capitaneados por Leónidas, se sacrificaron defendiendo el paso de las Termópilas: *Pasajero: ve á decir á Esparta que nosotros hemos muerto aquí en defensa de sus santas leyes.*

En todos los países los epitafios se distinguían por su laconismo y sencillez.

Varios hombres eminentes dictaron el que había de inscribirse en su tumba, Virgilio uno de ellos.

Cicerón, el rey de la palabra (pero el rey de verdad), grabó en la losa funeraria de su única hija esta sencillísima inscripción: *Tuliola, filiola.*



Tomás

El más cumplido elogio que los romanos consideraban que podían dedicar á una mujer, era poner en su losa sepulcral: *Conjugi univire* («A la mujer que no ha tenido más que un esposo,» esto es, á la mujer que no ha pasado á segundas nupcias).

Emplearon asimismo los romanos la fórmula: *Sit tibi terra levis* («Seáte la tierra ligera»), que solía expresarse con las iniciales S. T. T. L., las cuales han sido sustituidas por el cristianismo con el R. I. P. (*Requiescat in pace*: «Que descanse en paz»).

Así como entre los antiguos el epitafio era una recompensa militar ó un tributo á los que se sacrificaron defendiendo las leyes de su patria, entre nosotros el nacimiento, la fortuna, la clase y la vanidad (la vanidad sobre todo) es la encargada de erigirlos.

¡Cuánta chabacanería! ¡Qué derroche de mal gusto! ¡Qué dato tan latente de lo que somos revelan ciertos epitafios! Uno he leído (digo mal, empecé á leerlo), inscrito en un panteón de capilla erigido en un cementerio de una capital de primera clase. Las letras vaciadas en negro, grandes, muy grandes, tal vez para que se lea mejor lo que dicen, que es así: *Aquí descansan los restos de Fulano de Tal. Estuvo tantos años en Matanzas. Cuando regresó á España estuvieron en el embarcadero, á despedirle, numerosos amigos. Murió en... habiendo asistido á su entierro el alcalde de la población y... No leí más, y no me pesa. A haber leído y á inscribir por entero el aludido epitafio, hubiera terminado este artículo con una nota cómica completa, y el día de hoy no es el más indicado para esta clase de lectura.*

No: hoy no es día de reír, sino de rezar por los muertos, para que ellos, á su vez, recen á Dios por nosotros.

BENJAMÍN

LA NOCHE DE ÁNIMAS

(CUENTO INFANTIL)

I

La noche de difuntos es la noche de los fantasmas y de las leyendas misteriosas. La poesía popular de todos los países cristianos tiene sus tradiciones, en las que los espectros y aparecidos juegan un importante papel. Se comprende: dada la idea espiritualista del *más allá* de la existencia que la religión cristiana entreaña, lógico es que las personas que han perdido á sus deudos más amados se preocupen de la suerte que les ha cabido más allá de la tumba. Esta es un enigma que nadie ha podido descifrar, y en cuya fría losa se estrellan todas las conjeturas de los sabios. Sólo la fe cristiana, levantando una punta del velo que encubre el misterio de la muerte, nos enseña en lontananza el alcázar de la inmortalidad, en cuyas diamantinas puertas, escritas con rayos de luz, leemos esta consoladora palabra: *Esperanza*. De aquí el culto que rendimos á los que fueron, culto que santificó la Iglesia consagrando el mes de noviembre á los difuntos. De aquí también el que la imaginación haya forjado un sinnúmero de cuentos supersticiosos que, si la religión condena porque no transige con supercherías, la literatura reviste con todas sus galas, dando ser á personajes fantásticos como el *Convidado de piedra*, terror de los niños medrosos en todo tiempo, y particularmente en la noche de difuntos, en que, según la creencia popular, abandonan las almas la mansión de las penas y vagan errantes en torno de los vivos en demanda de misas y de oraciones.

II

Una de dichas noches, mientras el viento silbaba horriblemente en las calles y la lluvia se filtraba por la negra boca de la ancha chimenea, sentado junto al fuego, alrededor del cual se agrupaban mis sobrinos Carmencita y Felipín, oía yo como éstos comentaban á su modo la visita que habían hecho al cementerio de la ciudad, donde reposa su abuelita, cuando de súbito me preguntó la niña:

—Tío Paco: ¿es cierto que los muertos viven?

—¡Qué disparate!—le contesté.—¿Cómo han de *vivir* si están muertos?

—Siendo así, ¿cómo es que se levantan de noche de sus sepulcros cuando el reloj de la torre da la última campanada de las doce, y danzan frenéticamente, haciendo horribles muecas, alumbrados por el resplandor de la luna?

—Eso son fantasías que forjan los poetas, y que vosotros, niños inexpertos, tomáis por realidades.

—¿Fantasías?

—Ni más ni menos.

—Entonces también será fantasía el caso que refiere mi nodriza, la cual asegura con la mayor buena fe que ocurrió en su pueblo.

—¿Qué caso?

—El de un muerto que se apareció tres noches consecutivas á sus parientes para pedirles sufragios, dejando, la última de ellas, impresa en la alcoba donde aquéllos dormían, como testimonio de su presencia real, una horrible mano negra.

- ¡Jesús, qué miedo!—exclamó Felipín.
—No seas medroso,—le dije,—porque ese caso que acaba de contar tu hermana es pura fábula.
—¿De veras?—me preguntó Carmencita.
—Como lo oyes.
—¿Es decir que no debemos tener miedo á los muertos?—añadió.
—¡Miedo! De ningún modo. Los muertos deben inspirarnos veneración y



Un animal extraño

respeto, pero jamás miedo. Para honrarlos debemos dedicarles nuestras oraciones, que llegan, en alas de los ángeles, al cielo.

—¿Los muertos comen?—me preguntó Felipín, que en su corta edad todo lo convertía en sustancia.

—¡Comer! Todo lo contrario. En vez de comer son ellos los comidos.

—¡Comidos!—exclamó Carmencita.

—Sí, hija mía: por los gusanos.

—¡Qué asco!

—No te admire. Cuando el espíritu inmortal, que llamamos alma, nos abandona para lanzarse á volar, libre de los lazos carnales, por las etéreas regiones, nuestro cuerpo vuelve á la tierra, de la cual es hijo, y en ella se descompone en jugos que dan savia vivificadora á las plantas, que á su vez la dan á otros seres, cumpliéndose de este modo la eterna ley de la vida, dictada por el Hacedor desde el primer instante de la creación.

—Entonces todas las historias de espectros y aparecidos que en las veladas de invierno nos narra la tiita Juana son patrañas; porque si los cuerpos de



La Sacra Familia llamada de Francisco I, en el Museo del Louvre
(cuadro de Rafael)

los difuntos se descomponen, no pueden tener fuerza para levantarse de sus tumbas,—añadió con su lógica infantil la niña.

—Es claro.

—Me alegro,—exclamó Felipín.

—¿Por qué?—le pregunté.

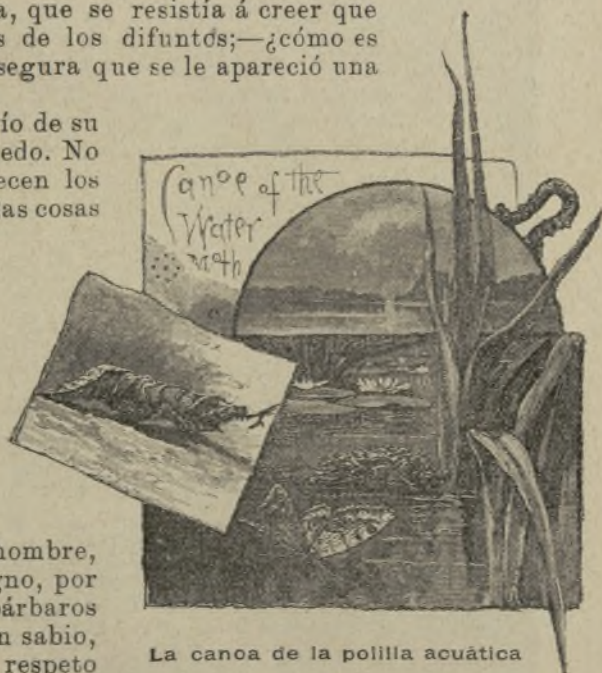
—Porque ya no tendré miedo á los muertos.

—Sin embargo,—añadió Carmencita,—la *Historia Sagrada* nos habla de la resurrección de Lázaro.

—Ese hecho sobrenatural pertenece al orden de los milagros, que no debemos confundir con las supercherías del vulgo.

—Bueno,—prosiguió la niña, que se resistía á creer que no fuesen ciertas las apariciones de los difuntos;—¿cómo es que una niña de mi colegio asegura que se le apareció una noche el espectro de su madre?

—No lo creas: fué un extravío de su imaginación exaltada por el miedo. No en vano se dice que sólo aparecen los fantasmas á los cobardes. Todas las cosas que nos admiran, y que por nuestra ignorancia no nos sabemos explicar, obedecen á una ley física. En la Naturaleza no hay efecto sin causa. Siglos atrás, cuando el progreso no había descubierto los maravillosos inventos que hoy están al alcance de todo el mundo, Edison, el autor del fonógrafo y de tantos aparatos físicos que tan útiles son al hombre, hubiese pasado por un brujo, digno, por su arte diabólico, de los más bárbaros castigos. Hoy se le tiene como un sabio, ante el cual se descubren con respeto los hombres más eminentes de todas las naciones. Recuerdo haber leído que á principios del siglo trataron unos embaucadores de atemorizar á los sencillos habitantes de un pueblo con la presencia fantástica del diablo, lo que fácilmente consiguieron, con espanto de aquellas pobres gentes, por medio de una linterna mágica. A propósito de esto, voy á contaros un cuento, mejor dicho, un sucedido, de cuya veracidad respondo. Lo titulo *La noche de ánimas*. Empiezo.



La canoa de la polilla acuática

III

Roberto era un muchacho díscolo y desaplicado. Con deciros que en vez de asistir á la escuela puntualmente, como es obligación de todos los niños que se estiman algo, gustaba de hacer novillos, dedicando las horas que debía al estudio á correr por el campo con otros chicos vagabundos, creo que podréis formaros una idea de su entidad moral. Sucio, desaseado, con las ropas destrozadas por los rasguños de las ramas de los árboles, á los cuales trepaba en busca de nidos que se complacía en robar, y el rostro tiznado por el carbón

de cok de los almacenes de la vía férrea, teatro casi siempre de sus juegos y diabluras, el joven tenía el aspecto de un pillete de playa. Verdad es que lo era.—Eres de la piel del diablo,—le dijo un día una campesina viéndole atormentar á un murciélago; y desde entonces le llamaron en el pueblo *Roberto el Diablo*, apodo por el cual era de todos conocido. No muy lejos de la estación del ferrocarril está el cementerio del pueblo, triste lugar de reposo cerrado por cuatro tapias, sin otros adornos que una cruz de piedra y media docena de sauces que prestan sombra á las humildes tumbas que en él existen. Su puerta, cerrada á los profanos, tiene una pequeña reja de hierro, ante



Saludo al sol

la cual se postran las personas piadosas para dedicar sus preces á los difuntos. Roberto, con otros muchachos de su jaez, siempre que pasaba por aquel lugar se aproximaba á la reja á provocar á los muertos diciendo:

—Calzas negras,
calzas blancas:
tres cuartos que no me alcanzas.

Pronunciando el sacrílego reto, Roberto huía de aquel sitio aceleradamente.

—¿Tienes miedo á los muertos?—le preguntó un día uno de sus compañeros de diabluras.

—¿Yo? Ni á muertos ni á vivos.

—Pues si tan valiente eres, ¿qué apuestas á que, la noche de ánimas, no te

atreves á escalar las tapias del cementerio y retar á los muertos, como ahora lo haces?

—Y ¿por qué no otra?

—Porque, según cuenta mi abuela, dicha noche abandonan los difuntos sus sepulturas y no se dejan insultar impunemente.

—Pues yo apuesto mi trompo contra el tuyo, que no sólo escalaré las tapias del campo santo,—replicó el audaz muchacho,—sino que haré más: te traeré uno de los cráneos que hay en el montón grande, hacinados por el sepulturero, para que juegues á los bolos. ¿Convenido?

—Convenido.

Llegó la noche de ánimas.

Cumpliendo lo pactado, Roberto se dirigió con sus camaradas al cementerio.

Colocados unos en hombros de otros, los más audaces no tardaron en escalar sus tapias.

La noche era serena y despejada: noche primaveral, impropia del mes de noviembre. La luna alumbraba melancólicamente el fúnebre lugar que á otros muchachos más timoratos que los de mi historia hubiera infundido temor.

De pronto, uno de ellos, fijando su vista en tierra desde arriba de la tapia, exclamó:

—¡La Virgen nos asista!

—¿Qué sucede?—preguntó Roberto.

—Mira,—contestó temblando el muchacho.—¿Ves aquellas lucecitas que brillan en el césped de las tumbas? Son las almas del purgatorio.

—¡Tonto! Son fuegos fatuos que se desprenden de la tierra, producidos por el fósforo de los huesos de los difuntos. Mil veces lo he oído decir á los maquinistas de la estación. ¡Verás qué miedo les tengo!

Y acto continuo, por medio de una cuerda atada á uno de los punzones de hierro que de trecho en trecho coronaban la tapia, se deslizó lentamente hasta que sus pies profanaron el sagrado recinto.

En aquel instante las campanas de la torre del lugar doblaron por los difuntos.

Roberto se adelantó impávido hacia el sitio donde estaba el montón de despojos humanos, y con un valor impropio de sus cortos años retó á los muertos.

Pero ¡oh sorpresa!...

Apenas había pronunciado las sacrílegas palabras, cuando una de las calaveras hacinadas en el montón, empujada por extraña fuerza, bajó rodando hasta los pies del muchacho.

Lleno éste de pavor, exclamó:—¡Jesús me valga!—y cayó desmayado sobre el musgo de las tumbas.

Al mismo tiempo, uno de sus camaradas, que contemplaba aquella escena montado en una de las tapias, prorrumpió en estrepitosa carcajada.

El caso no era para menos: á la luz de la luna, había visto salir de la cavidad del cráneo un enorme ratón.

La Providencia había castigado al impío Roberto por medio de un efecto físico.

J. F. SANMARTÍN Y AGUIRRE



✻ NUESTROS GRABADOS ✻

UNA PARTIDA DE CAMPO

Los niños de dos familias reunieronse cierto día en número de catorce ó quince para ir al campo en una carreta tirada por bueyes. Todos estaban muy alegres y contentos, pensando divertirse mucho; pero á la mitad del camino comenzó á llover copiosamente. Algunos de los chicos se guarecieron debajo de la carreta, prefiriendo otros colocarse debajo de los bueyes; pero esto no impidió que todos se mojaran, agüándose así la fiesta en que pensaban divertirse tanto. Ninguno de ellos quiso ya volver nunca en carreta, temerosos, sin duda, de volver á mojarse.

EL TRINEO DE MAURICIO

Mauricio, chico de ocho años, que vive en una granja, es muy aficionado á los trineos, y ha construido uno con tablas; pero como no hay hielo para correr, le ocurre deslizarse por la escalera, que está húmeda y resbaladiza. Sus padres le advierten que podrá caer; pero Mauricio, que se la echa de valiente, lánzase sin vacilar, y un momento después rueda por la escalera, recibiendo un golpe que no le deja con ganas de repetir el ensayo.

TOMÁS

Tenemos un gato llamado *Tomás*. Nació en una cuadra, pero no le gustaba estar con los caballos, y prefería pasearse por el jardín. Se acostumbró á seguir á su ama cuando ésta iba á recorrer el campo vecino; mas, apenas se cansaba, sentábase para esperar hasta que aquélla volviese. Todos querían al gato por lo manso que era. En invierno se le veía siempre en el fogón ó en la falda de su ama. *Tomás*, sin embargo, tenía el defecto de ser muy ladrón, y, apenas se descuidaba la cocinera, robábale lo que podía.

UN ANIMAL EXTRAÑO

En un librito de historia natural que mi mamá me regaló había una lámina que representaba un animal extraño, y por cierto bastante feo. Tenía una especie de enorme joroba en el dorso, piernas y cuello muy largos y la cabeza muy grande: era un camello. ¿Habéis visto alguno? En los países donde estos corpulentos animales habitan, la gente los utiliza como caballos y bestias de carga, y gracias á ellos se puede cruzar sin dificultad los grandes desiertos de arena. Si se trata de recorrer una gran distancia, y como en esos sitios no hay agua, se cargan los camellos de grandes cántaros y otras vasijas, de modo que nunca falta el precioso líquido, sin el cual perecerían las caravanas. Los camellos tienen la gran ventaja de poder vivir sin agua durante muchos días y sin que les moleste la sed.

El camello pequeño es más extraño aún que el grande: tiene el cuerpo pequeño, las piernas descomunales, los ojos negros y el pelaje amarillento.

El espectáculo singular es el que ofrecen estos animales cuando se les da de comer: el conductor extiende en el suelo un paño muy grande ó una manta, y entonces todos los camellos se sientan alrededor para tomar su ración. Jamás riñen unos con otros. Inclinan su largo cuello para coger el grano con mucha gravedad, y al hacer este movimiento parece que se saludan. Hay casos en que algún camello no quiere comer nada.

LA SACRA FAMILIA

LLAMADA DE FRANCISCO I, EN EL MUSEO DEL LOUVRE

(cuadro de Rafael)

Fué pintada esta obra en los últimos años de la corta vida del adorable genio de Urbino, es decir, en su mejor época y con su mejor estilo. Los franceses quieren que sea la mejor *Sacra Familia* que hay en el mundo. «Quisiérase arrojarle flores como hacen esos dos ángeles que han venido, sin que nadie se sorprenda, á la casa del Señor, y cuya sola

presencia nos hace ver, de pronto, una familia divina en una familia humana,» dice M. Ch. Blanc.

Fuéle encargado este cuadro á Rafael por el duque de Urbino Lorenzo de Médicis, que lo regaló á Francisco I, siendo recibido con gran pompa y solemnidad en el palacio de Fontainebleau, desde donde fué trasladado posteriormente al Louvre.

LA CANOA DE LA POLILLA ACUÁTICA

El mosquito construye una especie de diminuto esquife con los huecos que la hembra pone. La polilla acuática forma como una canoa sumamente curiosa, sin más material que algunos pedacitos de paja y de caña unidos entre sí; y afecta la misma figura que la de la oruga que vive dentro. El insecto respira por branquias, como los peces; pero no nada. El cuerpo de la oruga es blando y delicado, y podría herirse si quedara descubierto, por lo cual aquélla lo cubre cuidadosamente excepto la cabeza. Esta singular especie de canoa está abierta en ambas extremidades, y en la superior se ven seis diminutas patas que sirven para arrastrar aquélla cuando el animal busca su alimento. A los pocos días, no solamente abandona tan singular vivienda, sino también la piel, y entonces la futura polilla tiene alas.

Muchas personas llaman á estos extraños seres *lombrices acuáticas*. Si se busca detenidamente, se encuentran esos pequeños nidos pedregosos, fabricados por el gusano, aunque son muy pequeños. Construyen sus viviendas con hojas frescas, curiosamente adaptadas, y se las cuelgan encima, asemejándose entonces á un capullo á punto de abrirse.

Estas graciosas cajitas de hojas, pues no parecen otra cosa, tienen una abertura en la parte superior, bastante grande para que el diminuto animal pueda sacar la cabeza cuando busca su alimento. Otros seres afines cortan pedacitos de caña ó de madera y los unen entre sí con una especie de cemento, más impenetrable al agua que ninguno de los que el hombre fabrica. Algunas especies se utilizan de las conchas de los caracoles y de otros animales que habitan en ellas.

SALUDO AL SOL

Frescas y olorosas flores: abrid ya vuestros pétalos para recoger los primeros rayos de ese sol vivificante á que debéis vuestras galas y perfumes, y sin el cual no os sería posible la existencia. Vosotras sois las perfumadas hijas del astro rey, y para vosotras son sus benéficos rayos.

CARRERA DE CONEJOS

Eduardo y Juan tenían varios conejos, y tratábanlos tan bien que los animales se domesticaron admirablemente, aprendiendo varias habilidades. Cierta día los dos muchachos invitaron á varios de sus amigos para que presenciaran una carrera de aquellos animales, para cuyo ejercicio los habían adiestrado en muy poco tiempo. El terreno que debían recorrer era una zanja muy poco profunda, en la cual clavaron de trecho en trecho unos palos cortos que debían franquear, como lo hacen los caballos en las carreras de obstáculos. Dada la señal, Eduardo abrió la puertecilla de la vivienda de los conejos, silbó, y aquéllos salieron, ejecutando el ejercicio que se les imponía con singular destreza. El espectáculo era verdaderamente curioso.





EL MANZANO

NOVELA INGLESA

ERA el joven Hardy uno de los mejores alumnos del Sr. Sincero, director de un colegio en un condado de Inglaterra. Honrado, obediente, atento y de excelente carácter, granjeábase la estimación y el afecto de sus maestros y condiscípulos. Los buenos buscaban su amistad, y se le importaba muy poco que los malos no le quisiesen. Las burlas y sarcasmos de los haraganes y de los malos estudiantes no le quitaban ninguna hora de sueño ni le importaban un ardite. Su amigo Loveit, por el contrario, gustaba de que todo el mundo le estimase. Su ambición era pasar por el mejor muchacho del colegio. Llamábanle de ordinario *Loveito*, y todos le compadecían cuando incurría en falta, lo cual sucedía bastante á menudo. Aunque fuese naturalmente inclinado al bien, dejábase arrastrar al mal porque no tenía valor para decir *no*. Temía disgustar á los malos y no podía soportar las burlas de los tontos.

Una hermosa tarde de otoño los alumnos obtuvieron permiso para ir á jugar en un verde prado, cerca de la escuela. Loveit y uno de sus camaradas, llamado Tarlton, entablaron una partida de volante. Hízose corro á su alrededor: eran los más hábiles de todos y rivalizaban en destreza. Cuando hubieron contado hasta trescientos veinte tantos, la partida se hizo muy interesante. Los jugadores estaban tan fatigados que apenas podían sostener la raqueta. El volante comenzaba á vacilar en el aire. Ora tocaba casi á tierra, ora pasaba por encima de su cabeza, con grande asombro de los espectadores. Los golpes se hacían de cada vez más débiles.—¡Loveit, tú! ¡Tú, Tarlton!—gritaban de todos lados. La victoria permaneció algunos minutos indecisa todavía; pero, por fin, el sol poniente, que daba de lleno en la cara de Loveit, le causó un deslumbramiento que le impidió ver como el volante caía á sus pies.

Después de las primeras aclamaciones que saludaron el triunfo de Tarlton, cada uno exclamó:—¡Pobre Loveit! No hay mejor chico en el mundo. ¡Es lástima que no se haya vuelto de espaldas al sol!

—Pues ahora os desafío á todos á que hagáis una partida conmigo,—exclamó Tarlton lleno de orgullo. Y al decir estas palabras lanzó el volante con tanta fuerza, que lo hizo pasar por encima del vallado, yendo á caer en un camino hondo que se encontraba detrás del campo.—¡Ah!—dijo.—¿Qué vamos á hacer ahora?

Estábaseles terminantemente prohibido á los alumnos ir al camino. Habían prometido no infringir este mandato, y con esta condición se les había permitido salir á jugar al campo.

No tenían, sin embargo, ningún otro volante, y la partida quedaba interrumpida. Subieron sobre el talud del foso á fin de mirar por encima del vallado.

—Allí lo veo,—dijo Tarlton.—¿Quién quiere ir á buscarlo? No hay más que franquear la barrera que está al cabo del prado. Cuestión de medio minuto,—dijo mirando á Loveit.

—Pero... ya sabes que está prohibido ir al campo,—dijo Loveit, no sin vacilar.



Carrera de conejos

—¡Psche! ¿Qué mal hay en eso?

—Yo no sé,—respondió Loveit llevando el compás con la raqueta;—pero...

—Pero ¿qué? Puesto que no lo sabes, ¿por qué temes? Eso tienes que decirme.

Loveit se sonrojó, continuó llevando el compás y balbuceó:—Pues... no sé. Pero Tarlton repitió con tono más violento:

—¿De que tienes miedo? Veamos.

—De nada...

—Sí, señor: tienes miedo,—dijo adelantándose en el corro Hardy, que se había mantenido separado.

—¿Yo? ¿De qué?—repuso Loveit.

—De hacer una cosa mal hecha.

(Se continuará)

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Valor: Áncha de San Bernardo, MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA
RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA